

UNA BODA EN LA REPÚBLICA DE ANDORRA

Á FINES DEL SIGLO XVIII



Hay naciones y grandes capitales, pequeños territorios y modestísimas aldeas, sobre las cuales indudablemente la mano de la Providencia ha dejado caer su bendición.

Estas naciones y estas capitales, estos territorios y estas aldeas poseen esa eterna dicha de que goza todo pueblo libre; condición que los distingue del común de todos los demás que, rigiéndose por leyes absolutas y tiránicas, se hunden en el abismo de la ignorancia y de la esclavitud.

La pequeña república de Andorra es uno de esos privilegiados países que, viviendo en medio de sus modestísimas costumbres, sin ambicionar los honores y prerrogativas de eso que los españoles llamamos vida pública ó política, posee una continua era de paz y goza de una armonía sin límites, siempre alabada y envidiada siempre de gran parte de las más populosas naciones.

Andorra se halla situada en la falda de los Pirineos; es pobre y carece de ejército permanente; pero también carece de guerras: su civilización es escasa; pero tampoco goza de los adelantos de la nuestra y sus cañones; no es patria de hombres eminentes, pero desconoce la ambición, base fundamental de la desmoralización y empobrecimiento de los pueblos.

Tampoco alumbrá sus pequeñas aldeas el gas ó la luz eléctrica,

como en nuestras capitales, pero tienen un sol hermoso y una luna de azulados reflejos que llenan de poesía sus vegas y sus ríos, sus montes y colinas, ora coronadas de nieve, ora salpicadas de silvestres y aromáticasflorecillas.

Pues bien; dejando por un momento el ruido atronador de la corte, trasladémonos allí, donde el silencio de la humanidad que se agita es desconocido, donde la naturaleza es siempre nueva. donde sólo se escucha el concierto de la dulzaina y de las aves; trasladémonos, y veamos la diferencia que existía entre una boda en Andorra en el siglo XVIII, y un desposorio en Madrid; allí todo verdad, aquí todo ficción; allí donde el amor á la novia era el todo, y en donde el interés metálica no tiene generalmente cabida.

Era un día de Mayo; el sol comenzaba á prestar sus dorados rayos á aquellas comarcas, inundándolas por todas partes de tibios resplandores.

Las aves comenzaban á cantar alabanzas á la salida del sol, posándose, bien en las frondosas ramas de los árboles, bien en los encarnados aleros de las blanquísimas casas que constituían una pequeña aldea.

De aquellas pintorescas viviendas se veían salir hermosas jóvenes, engalanadas sencilla, pero caprichosamente, con sus rojos nianteos, y rizadas cintas entretejidas en sus trenzadas cabelleras.

Al deslizarse desde las verdes colinas á la vega, parecían un enjambre de mariposas de encarnadas alas, arrojándose ansiosas sobre un inmenso ramo de flores.

Los aldeanos con sus vestidos de gala, corrían también reunirse en el ralle, al escuchar la sonora dulzaina y el alegre tamboril, cuyas notas les invitaba á lanzarse en brazos de Terpsícore.

Todo el pueblo se apresuraba á reunirse en la vega para contemplar el espectáculo que iba á celebrarse en aquel sitio.

En un espesísimo bosque, y bajo las ramas de sus árboles, se hallaban sentados tres venerables ancianos, cada uno de los cuales contaría hasta un centenar de años.

El que ocupaba el sitio de preferencia, levantóse y dirigió su vista á la profunda vertiente que formaban dos empinadas montañas.

—Los novios se acercan,—dijo.

Y así era efectivamente; bien pronto se dejaron escuchar nuevos ecos de tamboril y dulzaina, y acto continuo se presentó un grupo numeroso de aldeanos que, á compás de los rústicos instrumentos, ento-

naban una canción sentida y tierna, como todos los cantos que tienen origen en el pueblo.

La comitiva llegó por fin ante los ancianos, é hicieron todos los que la componían una profunda reverencia.

Los muchachos prorrumpieron en gritos de alegría y treparon por los ásperos troncos de los árboles para contemplar mejor el ceremonial.

Este ceremonial se verificaba según la usanza del país en aquella época.

Los novios no se hallaban juntos, como es general costumbre en todos los pueblos; únicamente podían conocerse, no por sus trajes, que en nada se diferenciaban del de los demás aldeanos, sino por el grupo de mozos y mozas que respectivamente se apiñaban en derredor de ambos contrayentes.

El anciano que presidía el acto levantó su pesado báculo, y en seguida se dejó escuchar un prolongado redoble de tamboril, acompañado por las extrañas y penetrantes notas de la duzaina.

Cesaron aquéllas y sucedió un silencio general; pero durante él, aldeanos y aldeanas formaron dos líneas paralelas á derecha é izquierda de la presidencia.

Otro redoble se dejó oír, y entonces una joven hermosísima salió de la fila que formaban sus compañeras; los músicos entonaron una marcha y los mozos se pusieron en movimiento, hicieron varias evoluciones, y, cesando poco después, el que formaba cabeza de fila se acercó á la doncella, que, con la vista fija en el suelo y las mejillas teñidas de un ligero carmín, esperaba con ansiedad llegase la hora de pronunciar el suspirado sí.

Entonces un anciano, saliendo del grupo de los espectadores, se acercó á la doncella y la interrogó, después de coger la mano al gallardo mancebo:

¿—Le quieres por esposo?

-No, contestó ella.

Después el anciano, que era el padre de la novia presentó al segundo mozo y luego al tercero, dando aquélla la misma respuesta que al primero que le había sido presentado, hasta que, llegado el último que componía la fila, las mejillas de la joven se tiñeron de un carmín más vivo, y con entrecortado acento, cuando su padre le preguntó:

—¿Le quieres por esposo?

La joven respondió:

—Sí; le quiero.

Entonces todos prorrumpieron en vivas I los novios y ancianos, y los músicos, tomando parte en la general alegría, lanzaron ai aire los rústicos acordes de sus instrumentos.

Bien pronto todos los mozos se despojaron de su gorra bearnesa y saludaron á los novios.

Después se formaron tantas parejas, como jóvenes se encontraban, y se prepararon á la danza.

Cada mozo tomó la mano á su prometida, y al compás del tamboril pasaban bailando delante de los ancianos que componían el tribunal, alcual saludaban.

Colocáronse luego todos los danzarines en corro; la dulzaina tocó entonces un zortzico y separáronse las mujeres de su pareja; formando una fila perfectamente alineada.

Los hombres balanceáronse unidos, y después fueron recogiendo á su respectiva dueña, haciendo una media cadena; desenvuelta la cual, vinieron todos á reunirse en una rueda general.

Levantáronse entonces los ancianos, repartiendo entre los mozos ramos de oliva, éstos, á su vez, los pusieron en poder de las jóvenes dueñas de su corazón.

Terminada esta ceremonia, la comitiva se puso en marcha y en dirección d la iglesia, llevando d su cabeza d los ancianos, y siguiendo á éstos los novios cogidos de las manos entre sus familias. Llegados al templo, la bendición del sacerdote cayó soyó sobre la cabeza de los dos felices aldeanos y quedaron unidos en lazo indisoluble.

Así se celebraban en Andorra unas bodas en el siglo XVIII.

J. SORAVILLA.

